**QUINTA PALABRA: TENGO SED**

Jn 19, 28

Juan Mateo y J. Barrientos: El evangelio de Juan;

Giorgio Zevini: Evangelio según San Juan;

Richard Bencosme: si conocieras el don de Dios;

Papa Francisco: Fratelli tutti.

Este grito de Jesús significa sin dudas, la necesidad imperiosa de Jesús de beber agua, sin embargo, San Juan le da un sentido más profundo: la dimensión espiritual de la sed de Cristo. Es la sed de llevar a plenitud las Escrituras y su misión.

La escena está estrechamente ligada a la anterior (Después de esto): al constituir la nueva comunidad universal, todo va quedando consumado, sólo falta la expresión de su amor hasta el extremo: la muerte. Sigue dando a los mismos que lo han rechazado la última oportunidad de aceptarlo como Mesías, para que puedan alcanzar la salvación, pues a eso vino al mundo. Usando de su libertad total, da la vida voluntariamente por los hombres.

Jesús exclama: Tengo sed. Este dicho recuerda la petición que hizo a la mujer samaritana: “dame de beber”, lo cual equivale a pedir acogida, y así ella podrá recibir mucho más que lo que ofrece.

Pero también esta escena evoca otra, la de Jesús con el traidor Judas en la última Cena. A pesar de la certeza de la traición, Jesús no lo excluyó de su amor; es más, se lo ofreció por última vez poniéndole su propia vida en sus manos (13,26s Lect.). Se percibe el gesto de amistad, que lo invitaba a aceptar a Jesús y, con él, la vida, aunque Judas tomó otra decisión; en vez de aceptarlo, se llenó de odio, lo rechazó definitivamente y lo entregó a los que habían decretado su muerte.

En la cruz, Jesús tiene un gesto semejante para esos que lo han rechazado y obtenido su condena (19,6.15): les muestra que no los odia. Les demuestra que su amor no ha sido vencido por el odio.

Por tanto, la expresión “tengo sed” tiene un significado más profundo que la de simplemente pedir agua, pues en esta atmósfera de odio sin límite de quienes lo crucifican, muestra Jesús que Dios no condena al hombre, que no guarda rencor, que busca solamente salvarlo comunicándole vida (3,16s; 6,39s; 12,47). Entonces estamos hablando de una sed de salvar, de hacer la voluntad de Dios.

Cómo le paga la humanidad a ese que les da seis jarrones de agua convertida en vino para devolverle la alegría en las bodas de Caná; ahora le ofrece un jarro de vinagre para hacerle más cruel el suplicio de la cruz cuando experimenta la sed.

Podemos pensar cómo Jesús “siente en su corazón todo el drama” que habría de vivir su Iglesia hasta el fin de los tiempos y de esa manera se puede decir que permanece en agonía. Con el Papa Francisco podemos constatar cómo la Iglesia vive bajo la sombra de un mundo cerrado, en el que se mueven muchas tendencias que desfavorecen el desarrollo de la fraternidad universal. Estamos más solos que nunca en este mundo masificado que hace prevalecer los intereses individuales debilitando la dimensión comunitaria de la existencia. Expresiones como democracia, libertad, justicia, unidad han sido manipuladas y desfiguradas al utilizarse como instrumento de dominación, como títulos vacíos de contenido que pueden servir para justificar cualquier acción.

Hay mucha gente empeñada en sembrar desesperanza y suscitar desconfianza disfrazada, detrás de la defensa de algunos valores. Por diversos caminos se niega a otros el derecho a existir y a opinar, y para ello se acude a la estrategia de ridiculizarlos, sospechar de ellos, cercarlos. No se recoge su parte de verdad, sus valores; es una manera de empobrecer la sociedad y someterla a la prepotencia del más fuerte. En este juego mezquino de las descalificaciones, el debate es manipulado hacia el estado permanente de cuestionamiento y confrontación. Quienes profesamos la fe sentimos hoy la embestida febril de formas insólitas de agresividad, de insultos, maltratos, descalificaciones, latigazos verbales con el fin de manipular nuestra conciencia para obligarnos a que pensemos como ellos. Podemos percibir, como dice el Papa, especies de circuitos cerrados que facilitan la difusión de muchas informaciones y noticias falsas para fomentar prejuicios y odios. Es una pugna de intereses que busca enfrentarnos a todos contra todos, donde vencer pasa a ser sinónimo de destruir.

Es muy atinado preguntar, en ese estado de cosas ¿cómo es posible levantar la cabeza para reconocer al vecino o para ponerse al lado del que está caído en el camino? Aumentan las distancias entre nosotros, y se aleja de nuevo ese caminar lento hacia un mundo unido y más justo para todos, que es tarea y testimonio de la Iglesia al llevar el evangelio.

“Es penoso ver que la persona ya no es tenida como un valor primario que hay que respetar y amparar, sobre todo cuando son pobres o discapacitadas, si “todavía no son útiles” —como los no nacidos—, o si “ya no sirven” —como los ancianos”. Sólo un sector humano parece ser digno de vivir sin límites, mientras que el resto o la otra parte de la humanidad es sacrificable para beneficiar la selección de los privilegiados.

La Iglesia no puede esperar algo distinto en su caminar. Frente a las actuales formas, tan diversas, de eliminar o de ignorar a otros, cómo hemos de reaccionar. Como reaccionó Jesús. En esta atmósfera de odio sin límite de quienes la descalifican con rabia, la Iglesia, fiel al maestro, muestra que ella tampoco condena al hombre, que no promueve el rencor, que busca solamente acercarlo a Jesús para salvarlo comunicándole vida. No podemos reaccionar con fanatismos porque es fruto de un impulso que lleva a destruir a otros, ni formar parte de redes de violencia verbal a través de internet y de los diversos foros o espacios para el intercambio digital (con razonamientos sí, pero con violencia no). Como cristianos estamos llamados a no perder los límites, acudiendo a la difamación y la calumnia. Si las corrientes sociales que nos atacan recurren al odio, abandonando toda ética y respeto por la fama ajena, no olvidemos que con Jesús no fue distinto. Nuestra tarea es aportar a la fraternidad que el Padre común nos propone. Esa ha de ser también nuestra sed.

Ante las actuales formas de agresividad de aquellos sectores contra quienes profesan la fe y los valores, el Papa Francisco nos invita a reaccionar con un nuevo sueño de fraternidad y de amistad social que no se quede en las palabras. Es esta época la que nos toca vivir, y en ella seguimos promoviendo la dignidad de cada persona humana. Que con nuestro actuar podamos hacer renacer entre todos un deseo mundial de hermandad.

**Padre José Apolinar Castillo**